

¿ ES CADA VEZ MENOS SANTA LA SEMANA SANTA ?



Ignacio Ellacuría S.I.

No esperen del título de mi intervención, queridos radioyentes, una larga lamentación sobre la pérdida del sentido tradicional de la Semana Santa, ni menos aún una altisonante invectiva contra los que han cambiado la celebración tradicional -llanto y penitencia- por una celebración playera llena de jolgorio y de placer. El título de mi intervención es interrogativo y esto quiere indicar que vamos a intentar un análisis de lo que ocurre en nuestra Semana Santa. Las consecuencias del análisis serán tal vez más graves de las que pudieran originar muchas lamentaciones e invectivas.

Empecemos reflexionando sobre el cambio profundo, rápido y, al parecer, irreversible, que se está operando en la celebración de la Semana Santa.

Todavía quedan, es cierto, unas pequeñas minorías urbanas poco significativas que sacan sentido de las clásicas celebraciones litúrgicas. Y quedan, sobre todo, grandes masas populares en las ciudades y fuera de ellas para quienes lo significado por la Semana Santa sigue manteniendo interés y significado. Para quienes, probablemente, esos días llamados santos son la cumbre del año, son las fechas donde alcanzan su mayor plenitud humana como individuos y como pueblo.

Frente a ellos otros dos grupos también. El de unas minorías clasistas y aristocráticas que emplean estas fechas para extranjerizarse más. Y el de una gran parte del pueblo, entre el que se encuentra también mucha gente adinerada, que emplea las vacaciones de Semana Santa para evadirse de su triste condición de jornaleros -cuánto sea el jornal no importa ahora en nuestro análisis-, a la que se ven sometidos día tras día durante todo el año.

De esta somera descripción podría deducirse que la Semana Santa forzosamente va a ir perdiendo su carácter tradicional a medida que el mundo moderno se vaya introduciendo más y más en nuestro medio. Pero que la Semana Santa pierda carácter tradicional no es sin más un mal. Y desde luego los que se opusieran a que se modernizase y actualizase nuestro medio porque la modernización y actualización supusiesen una mengua en las formas tradicionales de religión, además de que estarían

luchando contra lo irremediable, estarían actuando mal. Y no vale decir que puede lograrse una modernización integral sin que padezcan las formas tradicionales, sean éstas morales, religiosas, sociales, etc.

El problema no está en que la Semana Santa fuera perdiendo su carácter tradicional. Es que dejara de ser lo que es más allá de toda forma tradicional. ¿Se deducirá que es esto lo que está ocurriendo o lo que va a ocurrir porque su celebración masiva y entusiasta se mantiene sólo entre el pueblo, quizá entre los más necesitados del pueblo, quizá -digámoslo con valentía- entre los menos "desarrollados", entre los menos "promocionados"? ¿Resultaría entonces que la Semana Santa no tiene sentido más que entre gente subdesarrollada, entre quienes no han accedido todavía ni al bienestar ni a la cultura?

Desde luego que no. Y lo vamos a mostrar analizando los grupos que todavía siguen viviendo con entusiasmo la Semana Santa, y los grupos para quienes la Semana Santa no es más que un tiempo de vacaciones de espaldas a lo que no sea descanso en el mejor de los casos, y en la mayoría de las ocasiones a lo que no sea orgía egoísta y desenfreno inhumano.

Ante todo el análisis de quienes con fervor popular celebran a su modo la Semana Santa porque no se les ha posibilitado otro modo de celebrarla. Una mirada superficial o maliciosa vería en estas celebraciones una forma de alienación, una forma de mantener al pueblo sumido en la ignorancia, en la impotencia, en la resignación. Pero vistas las cosas con profundidad y honestidad las celebraciones de Semana Santa ¿engrandecen el alma popular o la empequeñecen? ¿le cierran en un pasado intolerable o le preparan para conquistar una tierra verdaderamente nueva y no este remedo de civilización promocionada que estamos viviendo, que estamos imitando?

Yo sé que las formas populares tienen una superficie primitiva en las que los sedicentes sabios o los sedicentes promocionados encuentran pretexto para sonreír y para sentirse superiores. Pero, ¿qué es lo que hay tras esas formas populares? ¿qué es lo que vive el pueblo cuando se entrega de lleno a la vivencia de la Semana Santa?

En la celebración de la Semana Santa el pueblo oscuramente pero vivamente llega a sentir su grandeza sobrehumana y ahonda en lo que es la interpretación más vigorosa y honda de la historia humana. Es ya



un tópico decir que celebraciones como éstas constituyen algo así como un opio para el pueblo. Yo voy a afirmar todo lo contrario. Dejémosnos de historias. No nos interesa de momento lo que ha sido el pasado. Atendamos al presente. Y en el presente ante una sociedad que no le da la gana de acercarse al pueblo, de promocionar para todos y no para unos pocos las condiciones precisas para llevar una vida realmente humana, ante una sociedad que no desea que el pueblo sienta a fondo su propia dignidad, es la Iglesia con su profundo mensaje de redención la que está alertando al pueblo para que no se contente con lo que tiene, la que está engrandeciendo al pueblo haciéndole sentir que él es el verdadero pueblo de Dios, que él posee la suprema dignidad y los mayores derechos. Y esto no de una forma abstracta sino haciéndole sentir que está cerca de Dios, que Dios está con ellos por más que los hombres estén contra ellos. Un Dios al parecer fracasado en una Cruz, un Cristo que los hombres poderosos de su tiempo no toleraron porque vino a denunciarles su pecado y su mentira, un hombre-Dios que en su vida fue tan maltratado como es hoy el pueblo que le celebra.

Esto es lo que vive el pueblo cuando celebra su Semana Santa. Y lo que él vive puede decirse en pocas palabras: hay una humanidad que sufre y este sufrimiento de toda la humanidad es debido más que todo a los pecados del hombre, a los pecados de lo que la Sagrada Escritura llama los ricos, los poderosos de este mundo. Hoy más que nunca si hay hambre, si hay enfermedad, si hay ignorancia, es porque los hombres no queremos de verdad que se remedie, porque los hombres somos egoístas, porque los hombres no creemos en el amor. Y la encarnación del Hijo de Dios viene a revelar a los hombres que Dios es amor, y que quien va contra el amor va contra Dios, va contra la realidad última de las cosas. Esta revelación se hizo al mundo no desde el poder y la riqueza sino desde la pobreza y la persecución.

No acaba aquí lo que el pueblo vive cuando vive a su modo folklórico la Semana Santa. Vive también en el Cristo adolorido, en el Cristo perseguido, en el Cristo crucificado, vive su propio dolor, su propia persecución, su propia crucifixión. Y entonces sabe que él es Cristo, que él es Dios, y que un Dios que sufre es el que salva a la humanidad. No nos asustemos de que los pobres no parezcan muy divinos, pero es que Cristo tampoco lo parecía cuando se le azotaba, cuando se le



escupía, cuando se le mataba. Y fiados en su palabra debemos seguir confesando que en el pobre está Cristo y que es el pobre el que va a redimir a la humanidad. Y esto aquí en ~~latx~~ tierra. Porque es en la tierra donde debemos ver siquiera la aurora de la resurrección.

Nada de esto viven los que escapan del sentido profundo de la Semana Santa. Claro que hay derecho a descansar. Pero esta misma necesidad de descanso nos está indicando que nuestro trabajo es, en definitiva, una condena de la que estamos deseando librarnos. Y qué podemos esperar de una civilización que siente su trabajo como una condena. Es una civilización que anda saltando de la alienación de un trabajo como condena a la alienación de un ~~xxx~~ descanso como huida de sí mismo y de la verdad humana.

El hombre de hoy necesita más que nunca descansar. Pero necesita por lo mismo más que nunca detenerse en su carrera, reflexionar sobre su vida, ver a dónde va, reinterpretar su propia existencia. Por el camino que llevamos nos estamos deshumanizando y deshumanizando a los demás. Esto no le es fácil dejado a sus ~~xxxx~~ solas. Necesita nada menos que un esquema divino para sentirse aleccionado y redimido. Pero el hombre de hoy prefiere no enfrentarse con el ejemplo absoluto que representa la persona y la vida de Jesús de Nazaret. Este sí que busca opio, alcohol, droga, agitación, frenesí sexual. La vida moderna es el opio ya no del pueblo sino de quien vive a espaldas del pueblo. Quizá sólo la crucifixión de Dios puede sacarle de su sueño. Pero es una generación cómica, que no quiere que la despierten. Prefiere huir como se huye en los sueños sin poder avanzar, sin poder alejarse de quien le persigue. Y cómo va a poder alejarse si está queriendo escapar de su propia sombra. No se puede huir de la propia sombra; lo que sí se puede es cambiarla al cambiar la propia figura. Y esto se llama cristianamente conversión. La conversión exige la propia ~~muerte~~ encarnación, la propia muerte y la propia resurrección. Pero nadie quiere morir. Y Cristo sigue repitiendo que quien ama su vida la perderá y que quien no quiere morir se perderá.

Si logramos vivir o el mensaje del pueblo despierto o la lección de la gente embriagada y dormida, nuestra semana santa será cada vez más santa, porque el Dios crucificado habrá comenzado nuestra conversión interior.

